



JAVIER MELLADO

# PIEL DE ELEFANTE

**Librooks**





**Librooks**



El Concurso literario Primum Fictum ha sido organizado por Librooks con la colaboración de Associació Literària La Mordida.

Primera edición: septiembre de 2014

© Javier Mellado, 2014

© De esta edición:

LIBROOKS BARCELONA, S.L.L.

Bailén 95, 1º 1ª – 08009 Barcelona

Tel. +34 93 184 09 60

info@librooks.es

www.librooks.es

Ilustración de la cubierta: Leonard Beard

ISBN: 978-84-941835-6-0

Depósito legal: B. 20079-2014

Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Huertas S.L.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor.





A Teresa, por sus esperas infinitas







*¿Cuántas veces tienen que volar las balas de cañón  
antes de ser prohibidas para siempre?*

*Blowin' in the Wind, Bob Dylan*







# I

Una máquina excavadora arrastraba los dientes de su pala contra el asfalto arrancando sonidos metálicos, chirriantes, estridentes. Un tartamudeo infernal. Y lo hacía a su lado, en el salón. Abrió los ojos sin mover un solo músculo de su cuerpo. Rígido. De repente el ruido cesó. No podía ser una pala excavadora. Saltó de la cama asustado, con ese temor ansioso de cuando no sabes ni dónde estás, aturdido, desorientado, desgranando en décimas de segundo toda la historia reciente de su vida. Iraq... Sadam Husein... Eso era. Estaba en Bagdad. Sí, estaba en la guerra. La pala excavadora volvió a arañar con sus dientes el asfalto. A punto de alcanzar el salón, el corazón se le desanudó casi de golpe. Por fin lo entendió: eran disparos de ametralladora. Respiró aliviado. Tranquilo. Solo eran ráfagas de ametralladora. Y esa convicción repentina lo sosegó.

Cruzó el salón, atestado de restos de comida, vasos sucios, botellas vacías y ceniceros rebosantes, y se asomó a la amplia terraza aguantando una arcada. Joder, o limpiamos esta pocilga o vamos a coger cualquier cosa. Comenzaba a clarear y los ojos se le cerraron instintivamente, como ostras en peligro. Se sintió tremendamente cansado. Delante de la mezquita, un gigantesco Sadam de bronce apuntaba con el brazo alzado a un cielo al que se le empezaba a pintar el día. Las calles que rodeaban la plaza Firdaws estaban desiertas. Nada. Nadie. Las armas se habían callado. Solo silencio y amanecer.





Se dio la vuelta despacio. La mañana había enmudecido pero su aliento olía a guerra. Aliento espeso, aire tenso como la cuerda de un arco a punto de disparar. El silencio atronaba. Casi dolía. Se movía lentamente tratando de no hacer ruido, de no delatarse, que había armas ocultas apuntando a las casas donde se escondían entremezclados con la población civil los soldados de Sadam. Se habían quitado los uniformes militares y se agazapaban rodeados de familias enteras, las suyas u otras, escudos humanos para frenar el avance de las tropas enemigas. No podrían disparar contra la población civil así, sin más. Por eso habían permitido a los periodistas extranjeros permanecer en la ciudad. Para utilizarlos. Para que contaran los horrores de la guerra. Si los americanos querían tomar Bagdad, tendrían que hacerlo a sangre y fuego. Por cada soldado morirían decenas, cientos de civiles. El Tigris se teñiría de rojo con sangre inocente y el cielo se rasgaría con los gritos desesperados de la población indefensa, atrapada como la frágil rubia en la mano de King Kong. Eso echaría al mundo sobre Bush y tendría que dar marcha atrás. Era la gran baza de Sadam. Seguir atizando el fuego de las protestas internacionales. Medio mundo afónico de gritar en la calles «No a la guerra». Y cuanto más sucia fuera, cuanto más sangrienta, más soliviantaría los ánimos de la gente que no acababa de entender a cuento de qué venía aquella invasión. Sí, los periodistas paran guerras con sus relatos de horror. Bien utilizados, son un arma poderosa. Y los soldados iraquíes habían abandonado los cuarteles y por los balcones y las ventanas asomaban fugazmente ojos negros de fusiles que disparaban y desaparecían en el interior.

Había baterías antiaéreas y ametralladoras pesadas montadas en las azoteas de las casas, carros de combate camuflados en los patios de los hospitales, arsenales en las mezquitas, minas antipersona bajo las sombras de los árboles, misiles en las escuelas... Todo el mundo en Bagdad era rehén de la guerra.

Se alejó de la terraza con un pellizco de remordimiento. Se había asomado a pecho descubierto, ni chaleco ni casco ni nada, a ver la guerra como el que se asoma para ver pasar una manifestación o una procesión de Semana Santa. Los disparos arreciaron. Ahora venían





del otro lado, de la orilla del Tigris. Cruzó el salón a zancadas tratando de esquivar un narguile plantado en el medio, pero tropezó con la alfombra arrugada. La habían comprado para no vivir sobre aquella moqueta ennegrecida y pegajosa que además servía de mesa y mantel, que a falta de otra cosa comían tirados por el suelo. Sintió que en algún lugar muy hondo le estaba creciendo una nueva arcada. Olía a colillas viejas, a orines acumulados, a basura fermentada, a petróleo quemado, a mierda, a guerra. Miró su reloj. Eran las cinco y media de la mañana. Saltó sobre montañas de ropa, bolsas, zapatos y cables y abrió el ventanal del balcón del dormitorio. Aún tenía agarrado el tirador de la puerta cuando un cañonazo hizo estremecerse todo el edificio. Los cristales vibraron amenazando con desintegrarse en cachitos, lo que sin duda hubieran hecho de no haber tomado antes la precaución de sujetarlos con cinta adhesiva. Instintivamente dio un salto hacia atrás y se aplastó contra la pared.

Se estaban pegando allí mismo. Los americanos estaban por todos lados, pero él no los veía. Solo oía los rugidos de la guerra: cañonazos de tanques, estruendo de morteros, tableteo de ametralladoras, ráfagas de Kalashnikov... Por momentos parecía la traca final de un espectáculo de fuegos artificiales, pero con el volumen muy alto.

Se quedó mirando a Pablo. Dormía profundamente. Parecía haber envejecido diez años en pocas semanas. Estuvo a punto de despertarlo pero se arrepintió cuando tenía el brazo ya estirado para zarandearlo. Era mejor que descansara. Ojalá pudiera dormir él también. Las guerras desgastan mucho y esta ya estaba durando demasiado. Bostezó como un animal y se estiró intentando recuperar la sensación de que los brazos y las piernas eran realmente suyos. Las balas silbaban sobre el balcón. Se acercó sigilosamente permaneciendo semioculto entre las cortinas. No se veía nada. Solo un perro flaco deambulaba enloquecido entre el hotel Palestina y la orilla del Tigris. A cada cañonazo cambiaba de rumbo. Iba y venía como buscando la salida de la guerra. Estaba atrapado en pleno fuego cruzado. Como ellos. La guerra se les había echado encima de repente. La tenían debajo del balcón. Por eso habían elegido esa casa. Sabían





que tarde o temprano el Tigris acabaría por convertirse en primera línea de fuego. El bíblico Tigris. Lo contempló un instante, siempre manso, inmutable, como un espejo, como uno de esos ríos de papel de plata de los belenes de Navidad. El perro seguía dando vueltas sin sentido y las calles seguían vacías, pero los combates eran muy intensos. Decidió grabar el amanecer, grabar el sonido tosco de la guerra, las explosiones cuyos fogonazos ya se veían al otro lado del río, las calles sin vida, el perro desquiciado y el cielo despuntando rojo tras la mezquita y la estatua de Sadam.

Durante más de una hora saltó de la terraza al balcón, del salón al dormitorio, grabando con la minicámara, la mini DV, a ciegas, registrando, eso sí, el sonido de los combates, intensos, artillería pesada, maldiciendo que los tiros se escondieran entre la bruma y el polvo que escoltaban al río. Ya estaban allí. Intuyó que los americanos habían conseguido entrar durante la noche hasta los tuétanos de Bagdad. Había llegado la hora. El momento más peligroso de la guerra, pero también el más excitante. Grababa el ruido del combate que escupían las orillas brumosas del Tigris, por un lado, y las calles desiertas que desembocaban en la plaza Firdaws, por el otro. Y lo hacía con la íntima esperanza de que en cualquier momento un tanque M-1 Abrams americano irrumpiera en medio de aquel paisaje fantasmagórico. Con la esperanza de estar grabando el final de la guerra. Estaban a tiro de piedra. Ahora sí.

Desde el balcón de la habitación que compartía con Pablo, el fragor de la batalla se sentía en todo su apogeo. Casi se oían los gritos de dolor tras cada disparo. No se oían, pero se intuían en los silencios intermitentes. Supuso que el río separaba a los dos bandos, aunque el maldito aire sucio de Bagdad le impedía ver nada. El *turab*, el polvo del desierto que arrastraba el viento a bufidos, se quedaba prendido en el cielo, inamovible, atragantado en el cuello de una ciudad que no tenía aire que respirar, solo polvo y humo denso de las pozas de petróleo que ardían por todos lados. Aire negro de petróleo y amarillo de desierto que atascaba los bronquios, desinflaba los pulmones, lijaba la garganta y agrietaba la lengua y los labios. Y entre ese aire sucio, caliente, espeso, solo se filtraban nítidos los disparos





pesados de la artillería y el tartamudeo metálico de las ametralladoras. De un lado y del otro del río.

La figura de un hombre emergió entre la cortina de polvo y humo que difuminaba la orilla del Tigris. Como surgido del infierno. Trastabillaba. Corría encogido y dibujaba curvas descontroladas, los brazos plegados sobre el abdomen, retorcido, malherido. Subió no sin dificultad la rampa que daba acceso al hotel Palestina y se perdió tras las gigantescas puertas de cristal del vestíbulo que seguían milagrosamente intactas. ¿Quién sería? Solo le quedó esa mínima incertidumbre. Nada más. Ni un atisbo de preocupación alguna por aquel hombre. Nada. Solo una brizna de incertidumbre que pronto aparcó en su cerebro porque la mañana estaba cogiendo ritmo y no había tiempo que perder en blandenguerías: varios cazabombarderos norteamericanos comenzaron a sobrevolar el centro de la ciudad. Volaban muy bajo haciendo círculos y piruetas inexplicables, exhibiendo su poderío, desafiantes, burlándose de las cada vez más escasas baterías antiaéreas. La guerra del cielo había acabado, si es que alguna vez hubo algo parecido a una guerra entre la aviación aliada y la iraquí, que todo apuntaba a que no. El cielo de Bagdad ya era definitivamente americano.

Se asomó de nuevo a la terraza del salón y respiró una bocanada profunda de calor agrio que se le quedó clavado en la boca y la garganta. Era lo peor de las guerras: el olor. Miró hacia el edificio que tenía enfrente, el hotel Palestina. Un edificio extrañamente alto, dieciocho pisos, que se alzaba majestuoso sobre un paisaje de construcciones anodinas de cuatro y cinco alturas, grises, sucias, aparentemente vacías. Contiguas al edificio central, el hotel tenía unas salas más bajas, apenas dos plantas, desde cuyo tejado transmitían algunas cadenas de televisión. A cuenta de la diferencia horaria, había periodistas que trabajaban a destajo de madrugada. Distinguió a la televisión australiana, a dos cadenas japonesas y a otra que debía de ser china o coreana. Cuatro periodistas, cuatro cámaras y un puñado de técnicos con cascos y chalecos azules como toda defensa contra balas, granadas, obuses, bombas y misiles. Sintió un sabor amargo, una sensación angustiosa. Tragó saliva que le supo a humo espeso.





No tardó mucho en comenzar a llover fuego. Las cámaras apuntaban hacia el cielo siguiendo el volar incierto de los cazas americanos. Estaban retransmitiendo en directo la guerra, el bombardeo a plena luz del día de la aviación aliada sobre el centro de Bagdad en apoyo de la infantería, que hacía tronar sus tanques al otro lado del río. Cuatro F-16 volaban como mariposas alocadas en la primavera recién estrenada y machacaban con sus bombas la zona noble de Bagdad, donde se apiñaban palacios y edificios oficiales. Había comenzado de una vez por todas la batalla de Bagdad, algo así como el último capítulo de la guerra, aunque todo hacía presagiar que sería un capítulo largo y cruento. Un auténtico baño de sangre.

Enormes bolas de luces muy brillantes, blancas y amarillas, se despegaban de los cazabombarderos y hacían recorridos alejados de los naturales, con curvas raras, guiadas por el calor, por los satélites, por las coordenadas programadas o por la atracción de un objetivo en movimiento previamente señalado. Las bombas dejaban sus cabriolas dibujadas con humo en el techo de Bagdad antes de aplastarse contra sus objetivos. Caían muy cerca.

—¿Me he perdido algo?

Pablo apareció sin más vestimenta que unos calzoncillos ya veteranos y un cigarrillo que se deshacía en volutas de humo azul en torno a su cara.

—Media guerra —bromeó Masua, divertido ante aquella visión que parecía salida de otro mundo. Luego se le borró repentinamente la sonrisa, como si de golpe hubiera caído en la cuenta de algo—. Y no fumes aquí que están disparando a las casas, a los *snipers*. Ya tenemos bastante...

Sus palabras quedaron sepultadas bajo el estruendo de dos explosiones que hicieron temblar el suelo bajo sus pies. Dos Tomahawk reventaron casi al unísono, como un eco el uno del otro. La terraza parpadeó, se tambaleó, pareció venirse abajo, y algo explotó dolorosamente en sus cerebros. Se quedaron paralizados. Como estatuas. Solo se llevaron las manos a los oídos, apretándolos con fuerza, como si los misiles les hubieran estallado dentro. Antes de que pudieran siquiera recuperar el aliento, una batería antiaérea comenzó a disparar





justo desde el otro lado de la calle que se extendía bajo la terraza, una de las que desembocaba en la plaza Firdaws. Las luces anaranjadas de los proyectiles antiaéreos volaron sobre sus cabezas y se perdieron estériles en el cielo opaco de Bagdad. El bramido de los F-16 rajaba el aire de una mañana que se había presentado con pinturas de guerra. Los cazas cerraron más y más sus círculos sobre la zona donde habían surgido los disparos antiaéreos. Apenas les dio tiempo a reaccionar y saltar atropelladamente hasta el mugriento salón. Al instante, el mundo se estremeció. Una tremenda explosión tiró el narguile y las botellas medio llenas de agua y colillas al suelo, desparramando sobre la alfombra un líquido marrón viscoso que bien pudiera haber sido considerado parte de las armas de destrucción masiva que en algún lugar tenía que tener escondidas Sadam, porque si no alguno iba a tener problemas para explicar aquella guerra.

Hubo otros dos bombazos aunque más lejanos, al otro lado de la plaza, probablemente en la elegante Karrada Dahil, una amplia avenida salpicada de centros de mando del Ejército y de los servicios de inteligencia iraquí. Luego se dejó de oír hasta el ruido de los cazas. Aún se mantuvieron durante algún tiempo callados, quietos, sin atreverse ni a dar un paso. Estaban aturridos, atolondrados, con las explosiones doliéndoles oído adentro hasta arrancarles muecas de dolor.

—¿Has desayunado? —preguntó Pablo.

Masua se quedó mirándolo fijamente durante un momento y luego estalló en una carcajada incontrolable que Pablo recibió arqueando las cejas, preocupado, preguntándose a cuento de qué venía aquella risa absurda. ¿Se estaría volviendo loco como Panfellini? Giacomo Panfellini, de *Il Giornale di Milano*, era un cuarentón bien plantado, con el pelo ensortijado y ligeramente canoso, elegante, adulator, seductor, un *playboy* trasnochado, un sibarita desubicado que siempre iba con traje de lino y camisas llamativas y al que, a sus espaldas, sus propios colegas italianos llamaban Panfletini por sus crónicas-ficción, hasta que se volvió loco, de atar, recorriendo los pasillos del hotel Palestina a cuatro patas olisqueando minas anti-persona debajo de la alfombra. Tuvieron que sedarlo y mantenerlo





en cama, chute va chute viene, hasta que se acabó la morfina —lo único que había— y un día salió del hotel como alma que lleva el diablo corriendo calle abajo. Nadie volvió a saber nada de él. Pero Masua no. Tenía demasiadas guerras encima como para perder la cabeza por un par de pepinazos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —terminó por saltar Pablo.

—Joder, que estamos locos, tío —Masua no podía contener la risa y le resbalaban chorros de lágrimas por la cara—. Que estamos como un cencerro. ¿No te das cuenta? Casi nos vuelan los sesos o se nos cae la casa encima y todo lo que se te ocurre decir... —tuvo que interrumpirse ante un nuevo ataque de risa— es que si he desayunado —y explotó en otra carcajada.

Pablo se contagió y, poco a poco, como cogiendo carrerilla, se sumó a las risotadas de Masua, hasta que terminaron abrazados dando rienda suelta a toda la tensión a carcajada limpia.

Masua tuvo que restregarse los ojos para enjugar las lágrimas. Hacía mucho tiempo que no se reía tan a gusto, con lo sano que era. Pero no estaba en el lugar más adecuado. En el mundo que comenzaba al otro lado de la terraza y el balcón, no había sitio para la risa. Ni para los sueños. Ni para la esperanza. Solo para el dolor, el odio y la muerte que son enemigos de antaño de la felicidad y la risa. Eso era la guerra: la antítesis de la risa.

Se desabrazaron lentamente, como si en el fondo no les hubiera importado haber alargado durante mucho más tiempo aquella desinhibición que había surgido espontánea de algún rincón del alma, de allí donde anidan los miedos y se revuelven las emociones cuando la vida y la muerte son tan probables la una como la otra, cuando respirar una vez más es ya un triunfo, cuando la meta es sobrevivir.

Masua abrió el pequeño armario donde guardaban la comida y su cara se torció en un gesto de preocupación. Las reservas menguaban mucho más aprisa de lo que habían previsto. Con un simple vistazo calculó que podrían aguantar una semana. Como mucho. Luego habría que buscarse la vida para conseguir algo de comer.

—Hoy me toca a mí hacer el café.





De repente, los dos se quedaron mudos, parados, mirándose fijamente a los ojos y arrugando la nariz, aguzando el olfato. Algo ardía. Saltaron como un resorte hacia el centro del salón. A Pablo se le había caído el cigarrillo en su precipitada huida y estaba quemando la grasa que recubría la moqueta. Un hilo de humo negro atufaba la pequeña y caótica estancia.

—Sin duda eres lo más peligroso de esta maldita guerra —se quejó sin mucho convencimiento Masua, moviendo la cabeza lentamente de lado a lado, mientras aplastaba con el pie la humeante moqueta.

—¡Sí, échame a mí la culpa, encima! Además, es que antes de ducharme y tomar café no soy verdaderamente yo, ya sabes —contestó Pablo a modo de disculpa mientras abría los grifos de la ducha—. Ya verás como duchadito soy otro... ¡Me cago en todas las guerras, coño!

Pablo comenzó a gritar improperios contra el mundo entero mientras el grifo respondía a sus demandas de agua con eructos de cañería hueca. De los grifos de las guerras no salen chorros de agua, salen chorros de eructos huecos que parecen risas de fantasmas atrapados dentro.

—¡Mierda y cien veces mierda!

Masua lo miró de reojo. Pablo se había quedado sentado en el borde de la bañera, con la cabeza agachada y los brazos caídos sobre las rodillas, hundido. Era lo que peor llevaban: la falta de agua. El agua es vida. Y en Bagdad, claro, escaseaba. Hacía muchos días, siglos quizá, que se les había acabado el lujo de abrir el grifo y que saliera agua. A veces sí. A veces, muy pocas, la vida les sonreía y podían ducharse y tirar de la cisterna y lavarse las manos y... pero solo a veces.

—Tómate el café. Te sentará bien —dijo Masua, que no acertaba a encontrar argumentos para animarlo.

Tampoco él iba sobrado de moral. Debía de ser el cansancio. No dormían ni tres horas diarias. Y casi nunca seguidas. Estaban abotargados. El cuerpo les pesaba, sus movimientos eran más lentos, sus reflejos más escasos, su mente más espesa. Justo lo contrario de lo





que exigía la situación. Pero eso de dormir bajo las bombas no estaba inventado. A cada explosión temblaba el mundo entero y el corazón y el alma se encogían. Lo de dormir en Bagdad era un sueño.

Mientras se tomaban un nescafé apenas disuelto en agua mineral, en el que mojaban unas galletas rancias a las que cada vez les iban cogiendo más el gusto, Masua salió a la terraza, se acomodó en el suelo y se dedicó durante un buen rato a contemplar la guerra. A verla como un mero espectador. Como si estuviera en el cine, uno de esos en tres dimensiones. Imaginaba que se había colado en la pantalla, como en aquella película de Woody Allen, *La rosa púrpura de El Cairo*, y veía la acción desde dentro. Era una jodida película americana. Una de guerra. Un ataque de los Vigilantes del Bien para liberar a la humanidad de la amenaza de un tirano sanguinario, cruel, un sátrapa asesino que podía acabar con el mundo si no se detenían a tiempo sus malvados planes. Ellos, siempre atentos, siempre leales a su destino, los elegidos que tenían la divina misión de velar por el planeta, los incólumes dirigentes de la potencia megagaláctica donde se guardaba la esencia del bien, habían enviado a sus comandos supratecnológicos, medio hombres medio robots, a aplastar al diablo con bigote que ejercía su indescriptible perversidad aposentado sobre uno de los tesoros más impresionantes del planeta: un océano de petróleo.

La mañana comenzaba a arder sobre Bagdad. Al fondo, tras varias filas de edificios, emergían columnas de humo espeso que subían a borbotones desde las nuevas hogueras de petróleo que cada día se sumaban a las anteriores. El cielo tenía un color oscuro, como de tormenta de verano, pero no, era humo denso, negro, asfixiante. Los disparos se habían ido espaciando, aunque el ruido seguía siendo atronador. Peor aún que el de las armas. Poco a poco habían ido poniendo en marcha los generadores eléctricos en el hotel Palestina. Cada corresponsal de guerra tenía el suyo. Más de cien. Un estruendo insufrible de motores rugiendo inmisericordemente desde que despuntaba el alba hasta bien entrada la noche. Una tortura. Un estrés insoportable que se venía a añadir a la tensión y al cansancio acumulado por toneladas. Por momentos, los nervios se erizaban y se llegaba a perder la razón.





—Vámonos ya. No hay quien aguante este ruido.

—¿Qué?

Masua había oído a Pablo, pero no lo había entendido pese a que hablaba a gritos. Las explosiones les dolían todavía dentro de los oídos y el ruido era ensordecedor. Como si estuviera entrando la Tercera División de Infantería de los Estados Unidos con sus diez mil vehículos al completo machacando al unísono el asfalto de Bagdad. Los generadores se habían convertido en una de las peores pesadillas de aquella ciudad maldita. La guerra alcanzaba su clímax y los esforzados periodistas se afanaban en contarla en tiempo real. No había otra alternativa. Para trabajar, escribir, hablar por teléfono, visionar grabaciones, recargar baterías, para todo se necesitaba electricidad, y eso era algo que en Bagdad se tenía que solucionar cada uno por su cuenta. La guerra arreciaba y la prensa la contaba en vivo y en directo a base de generadores que funcionaban con gasoil y ruido. Así que no había más remedio que aguantarse. Ellos apenas utilizaban el suyo. Solo por las tardes, cuando Masua escribía y Pablo editaba las fotos en su ordenador. Aprovechaban ese ratito, solo ese, para calentar agua —tenían sopas de sobre para aburrir— y recargar las baterías de todos los aparatos. Economía de guerra, se llama. Si se acababa el gasoil, adiós. No podrían enviar las crónicas ni las fotos ni hablar por teléfono, su única conexión con el mundo. Por eso lo racionaban tanto o más que el agua.

Entró al salón, cerró de un golpe la puerta de la terraza y el ruido se hizo más lejano. Sintió una inmediata sensación de alivio, como cuando se quitaba los calcetines al meterse en la cama. Pero el martilleo seguía de fondo.

—Vámonos, tío, vámonos ya —insistió Pablo, visiblemente nervioso.

—¿Adónde?

Pablo ya se había puesto a recoger todo el material, a seleccionar lo que necesitaba llevar consigo. La cámara, dos teles cortos, un angular, casco, chaleco, tabaco, agua mineral... Lo mínimo.

—A la puta guerra, coño, ¿o es que quieres contarla tomándote un café en la terraza?





—Hemos quedado con Mahdi a las nueve —replicó Masua con voz tranquila.

—Pero no son ni las siete, así que tenemos tiempo de sobra para echar un vistazo ahí abajo y volver.

—Vale, de acuerdo —aceptó Masua—, pero espera que den las noticias.

A las siete en punto, la BBC saludaba a sus oyentes con el parte de guerra habitual: «[...] El portavoz del mando aliado en Doha, Frank Thorp, ha informado de que, tras mantener intensos combates, las tropas estadounidenses controlan ya el ochenta por ciento del aeropuerto Sadam Husein de Bagdad, aunque aún persisten fuertes focos de resistencia iraquí [...]».

—¿Y cómo leches calcularán con tanta precisión que controlan el ochenta por ciento exactamente y no el sesenta y siete por ciento... o el cuarenta y dos? —interrumpió Pablo mientras volvía a atacar la caja de galletas rancias.

Masua se limitó a encogerse de hombros.

La voz cadenciosa de la locutora, respunteada por los disparos de fondo, seguía desgranando las verdades militares, las informaciones probablemente falsas que ofrecían tanto los aliados como el desarbolado gobierno iraquí. Falsedad tras falsedad. Los americanos y los británicos habían anunciado ya varias veces que habían acabado con la vida de los peces más gordos del régimen: el despiadado Alí «el Químico», el implacable vicepresidente Taha Yasin Ramadán, el sanguinario general Izzat Ibrahim al Douri... Todo mentira. Tras el primer bombardeo, el primer día de la guerra, la CIA ya dio por muerto o mal herido a Sadam. Mentira tras mentira. Los americanos han intentado el asalto al aeropuerto internacional Sadam Husein, pero las valientes fuerzas del ejército iraquí han combatido con bravura y, con la ayuda de Alá, han conseguido repeler el ataque provocando la huida del cobarde enemigo, aseguraba Mohamed Sahed al Sahaf, el patético ministro de Información de Sadam. Más mentiras. Todos mentían. En las guerras, si te dejas llevar por las informaciones que recibes, te equivocas siempre. Son informaciones que tratan de mandar mensajes al enemigo, a su propia población o





a la comunidad internacional. Da lo mismo. El caso es que siempre responden a intereses que nada tienen que ver con la verdad. A veces coinciden, pero pocas. Lo habían anunciado públicamente, sin ambages, incluso desde Washington: utilizaremos la información como un arma más. Así de claro. Y en eso Sadam Husein también era un consumado maestro desde hacía ya muchos años. Así que no había otra manera de enterarse de algo que escuchar la radio. Por lo menos así tenía las dos versiones oficiales, aunque sabiendo que ninguna, casi con toda certeza, reflejaba ni de lejos la realidad. Vivir desde dentro esa realidad, verle los ojos, oler sus miserias, oír sus gritos de desesperación y sus llantos inconsolables, sentir la angustia de las vidas tronchadas, de la gente que mira a la muerte como un mal menor... y después contarlos, contar toda esa montaña de dolor que deja la guerra al pasar. Esa era, precisamente, la misión que como periodista le había llevado a recorrer medio mundo de conflicto en conflicto, la misma y única razón por la que ahora estaba en Bagdad, sin duda el rincón más peligroso del planeta en esos momentos.

En apenas cinco minutos, la emisora de cabecera de los reporteros, la BBC, dibujó un panorama inquietante, un mapa en el que fue clavando agujones, señalando las heridas por donde se desangraba Iraq: Nasiriya, Kerbala, Nayaf, Hillah... La geografía iraquí, la Mesopotamia que alumbró a la humanidad, que la acunó entre los verdes brazos de sus grandes ríos, el Éufrates y el Tigris, que vio nacer la escritura arañada en tablas de arcilla arrancada del suelo, donde nació el cálculo, donde el hombre acordó dividir el día en veinticuatro horas, donde se escribió el primer código legal, Mesopotamia, Iraq, la cuna de la civilización, profanada, ultrajada por una legión de máquinas espantosas, artefactos infernales que pasaban por encima del antiguo jardín del Edén destrozando con fuego la memoria del mundo, arrasando los escenarios de la infancia del hombre, el primer asentamiento de la humanidad hace 4.500 años, los parajes de Babilonia donde Nabucodonosor II mandó construir para su esposa Amytis los jardines colgantes, para que su amada no añorara las verdes colinas de su pueblo lejano... La torre de Babel; Ur, la capital sumeria donde nació Abraham, con su grandioso templo de pirámide





escalonada levantado en honor de la diosa Nannar nada menos que dieciséis siglos antes de Cristo; el arco de Tesifonte, testimonio del esplendoroso imperio persa; Al Qurna, junto a Basora, donde la Biblia sitúa el Árbol de Adán; la deslumbrante Nínive, la ciudad más pujante del poderoso imperio asirio, al lado de la actual Mosul...

Masua escuchaba la radio desgranar los puntos calientes de la guerra, las ciudades donde las fuerzas leales al presidente Sadam Husein resistían como podían los ataques de la implacable maquinaria bélica americana. Dos bandas de matones pegándose entre las flores del Paraíso Terrenal, pisoteándolas, destrozando los vestigios sagrados de la historia solo porque debajo había petróleo, el único legado del pasado que realmente interesaba a quienes habían mandado allí a más de doscientos mil devoradores de hamburguesas a ritmo de rap. Para echarse a llorar. Aunque lo cierto era que todos aquellos vestigios y tesoros arqueológicos milenarios juntos no valían ni siquiera una sola gota de la sangre que se estaba derramando sin saberse muy bien por qué. Ni una sola de las lágrimas de los muchos niños a los que la guerra les arrancaba de cuajo madres, padres, hermanos, piernas o brazos. Eso era lo verdaderamente importante. El drama que había que contar. Había que centrarse, distinguir entre lo principal y lo secundario. Y lo más importante, la auténtica razón de estar allí soportando aquella vida de perros era contar la realidad tal cual, sí, pero centrado sobre todo en vocear el drama de la población iraquí, desvalida, atemorizada, ajena a los beneficios del crudo, a la importancia geoestratégica del lugar donde habían nacido y a los sucios juegos políticos de los unos y los otros. Con Sadam habían sufrido lo indecible. Y ahora ese sufrimiento se redoblaba. Otra vez la guerra. Otra guerra cuando aún les quemaba en la piel el recuerdo cáustico de la última. Y de la penúltima y de todas las anteriores, que llevaban así casi toda la vida, sin comérselo ni bebérselo, de guerra en guerra, enterrando muertos, acumulando mutilados, con demasiados niños con las cabezas rapadas, cáncer, tumores asesinos provocados por la mierda que les habían tirado los americanos en la primera Guerra del Golfo: uranio empobrecido más que nada, un veneno que recubre los proyectiles y hace que perforen más en





los hierros enemigos. Y la gente, todos, llorando y rezando para que Alá, en su inmensa misericordia, les infundiera valor para soportar tanto sufrimiento.

Tuvo que despertarlo Pablo. Se había quedado adormilado escuchando las noticias y su cabeza se despeñaba una y otra vez sobre su pecho, donde rebotaba hasta recobrar su posición vertical para volver a caer, cabezada tras cabezada. Estaban los dos sentados en el suelo sobre la alfombra que se extendía a oleadas turbias por el salón, con las espaldas apoyadas en la pared. Pablo le dio un pequeño codazo tratando de no sobresaltarlos demasiado.

—¡Eh! Despéjate un poco, anda, que se nos va el tiempo.

Tenían baldes que llenaban cuando, de tarde en tarde, la Providencia les bendecía con algún ratito de agua corriente. Aunque habían pasado ya varios días desde el último alarde de magnanimidad del Altísimo, todavía les quedaba agua que solo utilizaban para quitarse las legañas, lavarse los dientes y afeitarse de Pascuas a Ramos. Masua se mojó la cabeza como queriendo salir de un sueño, espabilarse porque todo le parecía irreal y no acertaba a distinguir qué había soñado y qué había escuchado en la radio, ni cuándo lo uno dio paso a lo otro... Comenzaba a necesitar urgentemente pasarse doce o veinticuatro horas seguidas en la cama. O toda una semana.

Estaban ya a punto de salir cuando alguien llamó a la puerta con los nudillos. Cinco toques. Dos, más dos, más uno más alto. Tenía que ser Mahdi.

—*As-salaamou Aleikoum.*

—*Wa Aleikoum as-salaam, habibi* —contestó con los ojos como platos Masua—. Pero... ¿qué te pasa? Entra, vamos, no te quedes ahí.

Mahdi se sujetaba al marco de la puerta para recuperar el resuello. Estaba descompuesto, fuera de sí, lívido, la mirada desorbitada y el gesto desencajado. Respiraba entrecortadamente, a trompicones, y sudaba por todos los poros.

—Vamos, entra de una vez —insistió Masua tirando con fuerza de él hacia dentro.





Pablo se acercó con un vaso de agua en la mano, alarmado ante el calamitoso aspecto de Mahdi.

—¿Seguro que estás bien? —dijo alargándole el vaso.

—Sí, estoy bien, de verdad, estoy bien.

Todavía le costaba hablar, pero tras unos pequeños sorbos el color comenzó a aflorar tímida y lentamente en su cara.

—Casi no llego. Han entrado en el barrio... y disparan contra todo lo que se mueve —volvió a beber y tardó un rato en continuar, dedicado en cuerpo y alma a recobrar poco a poco el aliento—. Llevo más de una hora dando vueltas, escapándome por los pelos de que me acribillen... Me han roto el parabrisas de un tiro...

—Tranquilo. Estás bien, ¿no? Pues eso es lo único que importa.

—Hay cadáveres tirados por todas partes y casas y coches ardiendo y gente herida deambulando por las calles pidiendo auxilio..., es horrible, horrible.

Mahdi se llevó las manos a la cara y arrancó a llorar.

—¡Cálmate! Ya estás aquí, tranquilo —le susurró Masua mientras le pasaba cariñosamente el brazo por encima del hombro.

Pablo le ofreció un cigarrillo encendido.

—*Shukran, habibi* —dijo casi sin voz mientras se llevaba ávidamente el cigarrillo a los labios.

Comenzó a fumar a grandes bocanadas, con ansia, sujetando el pitillo con fuerza entre sus dedos temblorosos y sin alejarlo mucho de la boca. Volvió a beber agua y comenzó a relatarles con detalle lo que había pasado, a describirles el horror del que había salido vivo solo porque Alá, en su infinita misericordia, así lo había querido. Cuando el pitillo estaba casi consumido, encendió otro con su lumbr.

—Acababa de levantarme. Serían —dudó un instante—... como las cinco o poco más. De repente comenzaron a oírse disparos y gritos. Por un megáfono decían en árabe que nos quedáramos en nuestras casas. Se oían tiros por todas partes. También salían disparos desde las casas de enfrente, desde las ventanas. No era la gente que vive allí, porque los conozco a todos. Eran fedayines y militares sin uniforme. Luego tiraron una bomba o un cañonazo y después





otro y las casas comenzaron a derrumbarse. La gente gritaba y se oía a los niños llorar muertos de miedo. El techo de la casa en la que estoy también comenzó a agrietarse y empezaron a caer trozos así de escayola —y abrió los brazos todo cuanto pudo para dar a entender las dimensiones enormes de aquellos trozos de techo—. La lámpara del salón se vino abajo y los muebles se movieron. Parecía un terremoto. Salí corriendo y me metí en el coche. La calle del mercado estaba bloqueada, así que fui en dirección prohibida hacia el río. Había muertos colgando de las ventanas, otros aplastados bajo los escombros o en medio de la calle —paró, tomó aire antes de seguir—. Y las alarmas de todos los coches del barrio habían saltado... y seguían disparando...

Mahdi hizo otra pausa, tragó saliva, bebió agua de nuevo y encendió otro de los cigarrillos sin filtro a los que lo había acostumbrado Pablo. Tenía la mirada perdida en el aire amargo del salón.

—Que Alá me perdone. Quería pararme, ayudar, pero —se mordió el labio inferior moviendo la cabeza de lado a lado, masticando la impotencia que destilaban sus palabras. Suspiró hondo y continuó—... Pero comenzaron a disparar desde un tanque no muy grande, una especie de tanqueta con una ametralladora que barría la calle.

—Sería un Bradley —apostilló Masua.

—Casi me acribillan —suspiró—. Me agaché, aceleré y salí como pude. Y ya no paré ni para mirar atrás. Hay muchas calles cortadas y cuando menos te lo esperas te metes en medio de un tiroteo y no sabes para dónde tirar.

Prepararon más café. Masua echó whisky en un pequeño vaso de té y se lo pasó a Mahdi, que se lo metió de un trago para dentro antes de retorcerse en mil muecas para digerir aquel fuego líquido. Bebieron todos.

—Cuando ya casi estaba llegando —añadió Mahdi más calmado—, después de pasar el Centro de Defensa Aérea, cayeron dos misiles que hicieron botar el coche. Bueno —volvió a suspirar—... que me alegro mucho de veros —dijo sonriendo por fin y llevándose la mano derecha al corazón.





Masua les sirvió café y un segundo chupito de whisky. Pablo lo miró extrañado. Nunca bebían durante el día.

—A partir de ahora te quedarás aquí con nosotros. Ya no podemos separarnos porque cada vez va a ser más difícil moverse —Masua estaba acostumbrado a planificar y a dar órdenes. El que quisiera seguirle, tenía que aceptarlas—. Y hay que ir pensando en cómo conseguir comida. Y en recuperar el gasoil para el generador, que estamos en las últimas. Esto se va a poner calentito —añadió apuntando con la mirada más allá de la puerta acristalada de la terraza.

Mahdi tenía los ojos clavados en el suelo reviviendo el infierno del que acababa de escapar, alabado sea Alá, inexplicablemente ileso. No se le borraban de la retina las imágenes que había visto. Ya nunca las olvidaría. Ni siquiera oyó a Masua cuando hablaba de la intendencia. Seguía sudando a chorros. Tenía el pelo lacio, ralo y pegado como a lametazos a un cráneo un tanto afeinado, mucho más largo que ancho. Era evidente que en su barrio tampoco había agua desde hacía muchos días.

—Si podemos... me gustaría ir a ver a los niños y a Fadilah —musitó con voz desmayada, como pensando en alto—. Al venir, he visto que salía mucho humo de la zona de Al Dora y se oían cañonazos.

—Claro, claro que sí —contestó Masua un tanto avergonzado por no haberse adelantado a preguntar por la mujer y los hijos de su chófer, traductor y ya, probablemente para siempre, amigo—. Y de paso vemos hasta dónde coño han entrado estos tíos.

Desplegaron el mapa de Bagdad sobre la arrugada y ennegrecida alfombra. De rodillas, estudiaron la situación.

Los americanos habían roto, seguro, la última línea de defensa de la Guardia Republicana a las afueras de Bagdad y habían entrado por el sur, desplegándose en torno al aeropuerto, un punto estratégico, vital. El aeropuerto iba a ser su lanzadera, su cuartel general, el primer punto que querían tomar y asegurar para luego ir ampliando poco a poco el círculo hasta poder entrar con sus tanques por las grandes arterias —autovías de seis carriles— hasta el centro de Bagdad, donde la población se echaría a las calles para vitorear a los





salvadores, a los libertadores, a los héroes que los iban a liberar del yugo opresor e instalar de una vez por todas en Iraq la paz, la libertad y la democracia.

Se estaba combatiendo en los alrededores del aeropuerto y en las carreteras de acceso. Eso no era nuevo. Pero los americanos, de alguna manera, habían conseguido también introducir durante la noche algunas unidades de blindados por el este, seguramente apoyadas por comandos especiales que les señalaban los objetivos. Uno de ellos era, sin duda, el cuartel general de la II División Acorazada del ejército iraquí y el gran arsenal situado tras las últimas casas de New Bagdad, el barrio de donde Mahdi había logrado escapar por los pelos. El cuartel lo habían vaciado y los soldados estaban distribuidos por las casas del barrio esperando que los peces americanos picaran el cebo. Pero los americanos se habían comido el cebo, se habían tragado el anzuelo, el sedal y la caña. Eran demasiado poderosos. Su fuerza era descomunal y los combates, casi siempre, solo dejaban muertos en uno de los bandos: el iraquí.

También habían superado las defensas de la Guardia Republicana en el oeste y hostigaban la ribera occidental del Tigris, la zona de los palacios y los ministerios, el disco duro del régimen. Tanques, comandos especiales de lucha urbana y fuego inmisericorde desde el aire. Quizá fueran solo incursiones para calibrar el nivel de resistencia que, aquí y allá, le quedaba al escuálido ejército de Sadam, pero al fin habían llegado y mordían ya las entrañas de Bagdad.

Estudiaron durante un buen rato el roído mapa tratando de diseñar una ruta que evitara los puntos calientes, las zonas donde llovían bombas sin parar. Tenían un largo trecho hasta Al Dora. Trazaron un camino que no era quizás el más recto, pero parecía más seguro. El objetivo era llegar, ya tendrían tiempo después para patear la ciudad.

Hacía ya muchos días que Mahdi había abandonado su casa. Se había cambiado de barrio, se había refugiado en New Bagdad, en la casa vacía de unos primos, para no poner en peligro a Fadilah, su mujer, y a los dos niños. Sabía que eso podía suponer no volver a verlos hasta que terminara la guerra, pero sabía también que estaba





en el punto de mira, que en cualquier momento iban a ir a por él. La *mujabarat*. Solo con escuchar su nombre las caras de los iraquíes palidecían y los ojos se les abombaban desorbitados. *Mujabarat*, la temible *mujabarat*, el servicio de inteligencia de Sadam Husein y su implacable policía secreta, sus tribunales secretos, sus cárceles subterráneas, sus torturas, sus ejecuciones sumarias, sus ojos de Gran Hermano controlando el país ciudad a ciudad, barrio a barrio, casa a casa. Ni un papel se podía mover en Iraq sin que se enterara la *mujabarat*. Y bastaba un simple rumor, una mera acusación de algún ciudadano —miembro del partido Baaz, por supuesto— para encarcelar, descuartizar y hacer desaparecer a cualquiera. Si como Mahdi además eras chiita, te convertías inmediatamente en sospechoso y, por nada, en cualquier momento y con cualquier excusa podías acabar en las garras de la *mujabarat*. En la cárcel. Y eso en Iraq son palabras mayores.

Un día, Mahdi apareció tembloroso, blanco como la leche. Llevaba en la mano un trozo de papel de estraza garabateado en árabe. Se lo tradujo: «Sabemos que trabajas para españoles. Pagarás tu traición». Se lo había dado un niño que no supo contestarle quién lo había enviado con el papel para que se lo entregara. La sociedad iraquí se asienta, como tantas otras culturas ancestrales, en el respeto a los mayores. Cualquier persona mayor puede mandar a un chico a hacer un recado y este nunca le preguntará nada ni podrá negarse a cumplir el mandato, sea ir a comprar tabaco o entregar un papel a aquel señor.

Hacía tres días que no sabía nada de ellos. Antes, cuando aún había teléfono, los llamaba por las mañanas y por las noches. Le preocupaban los niños. Eran demasiado pequeños. Pero desde que volaron todas las torres y centrales de telefonía de la ciudad, el teléfono se había acabado y nadie sabía nada de nadie, lo que alimentaba aún más los temores y los miedos. Mahdi se atormentaba pensando que no había sido capaz de protegerlos, de sacarlos de Bagdad, de llevarlos a algún lugar seguro hasta que pasara la guerra. Pero ¿adónde? ¿A Nayaf? Allí habían nacido Fadilah y Mahdi y allí vivían sus familias. Pero nadie podía asegurar que entre las estrechas callejuelas





de su medina el riesgo fuera menor. Nayaf era la ciudad santa de los chiitas iraquíes, donde estaba la tumba del imán Ali, primo y yerno de Mahoma, y donde vivía su jefe espiritual, el gran *ayatollah* Al Sistani. Pero Nayaf también se había convertido en un estratégico enclave para el ejército, que se instaló de forma apabullante en la ciudad tras sofocar la rebelión chiita contra Sadam, al poco de acabar la primera Guerra del Golfo, y en cuya represión —una carnicería— murieron decenas de miles de personas. Todo Iraq era una ratonera y fuera no tenía a nadie. Lo que había descartado desde un principio era irse él también. No. No dejaría tirados a Masua y a Pablo. Les había dado su palabra y eso es sagrado. «Estaré con vosotros hasta el final, pase lo que pase». Lo hacía por dinero, claro. Los cien dólares diarios que ganaba como chófer y traductor equivalían al sueldo de varios meses en su antiguo empleo de profesor en una academia de inglés. Pero no era solo por dinero. Iraq, su país, estaba en uno de los momentos más importantes de su historia, en una encrucijada en la que se decidiría la vida de todos los iraquíes, la suya y la de su familia también. Estaba en juego su futuro y el futuro de sus hijos y el de los hijos de sus hijos. El fin de la cruenta dictadura ya no era una utopía, un desvarío onírico, una quimera. Sadam tenía los días contados, *alhamdulillah*, y él no quería perderse ni uno solo de los minutos que desembocarían en el fin del tirano. Quería disfrutar de lo que siempre pensó que nunca vería. Quería seguir soñando con los ojos abiertos, ver cómo se iba deshilachando el traje teñido de sangre de la dictadura, cómo los iraquíes comenzaban a sentir que se levantaba de sus cuellos la bota militar que durante tantos segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años y décadas los había aplastado contra el suelo lleno de mierda. Desde hacía demasiado tiempo la vida era un calvario para los iraquíes, especialmente para los chiitas, la inmensa mayoría, por cierto. Y ahora estaban rozando con los dedos el fin de aquella pesadilla. Pero temía por los suyos.

